

océano de luz y claridad, que es el cielo, procura suma pureza y limpieza, para que alcances esta dichosa vista. ¿Suspiras por ver á Dios? ¿Qué medios practicas para lograrlo? Si ahora fueses llamado á juicio, ¿tendrías confianza de obtener este bien?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh cuán hermoso y agraciado es el linaje de los que se conservan limpios y puros de corazón! Más ¡cuán difícil es conservar la perfecta pureza en esta tierra de corrupción y maldad! Para ello es indispensable evitar todo pecado mortal y venial, no consintiendo que el corazón se manche de un modo estable con uno solo. Preciso es limpiar la conciencia, llenándola de santos pensamientos y limpias obras. Es preciso ejercer una continua vigilancia sobre los sentidos é imaginación, puertas por las que podría el demonio entrar hasta el corazón y mancillararlo con su hálito venenoso. ¿Tratas tú de obrar de este modo? Jesucristo, tu divino Maestro, va delante, y te enseña prácticamente esta limpieza. Mírale; jamás comete un solo pecado, ni siquiera hay en Él la posibilidad de faltar en la cosa más insignificante. Sus enemigos no hallan de qué acusarle, y para justificar de algún modo la sentencia que contra Él dan, instigados por la envidia, necesitan de testigos falsos. ¡Oh, si tu imitaras tal limpieza! ¡Qué premio tan glorioso, abundante y rico alcanzarías! La vista de Dios, en este mundo por medio de la oración y contemplación, y en el otro por la lumbre de la gloria; la cual saciaría todos los deseos de tu corazón y todas las aspiraciones de tu entendimiento. ¿Qué piensas, en vista de todo esto? ¿No procurarás alcanzar ó conservar y perfeccionar esta limpieza de corazón? ¿Te detiene alguna afición desordenada, algún hábito criminal, alguna ocasión peligrosa? Medítalo; haz propósitos acomodados al estado actual de tu alma, y con fervor y confianza ruega á Jesús por ti y por todo el mundo.

#### 62.—SÉPTIMA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.º Dijo Jesús: «Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios».

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús predicando esta bienaventuranza.

PRELUDIO 3.º Píde la gracia de ser siempre pacífico con todos.

**Punto 1.º** *Quiénes son los pacíficos.*—Considera cómo llama Jesucristo pacíficos á los que hacen paz, en lo cual hay cuatro grados, cada uno más excelente que el otro. El primero es hacer la paz contigo mismo, procurando que se extinga la guerra íntima que hay entre la porción inferior<sup>1</sup> de tu ser con la superior; para lo cual has de sujetar y subordinar la carne al espíritu, tus pasiones á la razón, y todo tu espíritu á Dios; por-

<sup>1</sup> Rom., vii, 23.

que mientras esto no alcances, no disfrutarás de verdadera y sólida paz en tí mismo, consistiendo ésta en una tranquilidad ordenada, como dice San Agustín. El segundo grado es, si no te contentas con tener paz contigo mismo, si no procuras tenerla con todos tus prójimos; evitando todo aquello que pueda turbarla, no dando jamás culpablemente ningún motivo de turbación injusta, sino motivos de mucha unión. El tercero consiste en pacificar los prójimos entre sí, los unos con los otros, procurando entre ellos la concordia, y huyendo de todo aquello que pueda encender la discordia, acordándote de lo que dice el Espíritu Santo<sup>1</sup>, que una de las cosas que más aborrece Dios, es al que siembra discordias entre los hermanos, haciendo con esto oficio de demonio. El cuarto y supremo grado es pacificar las almas con Dios, ayudando á reconciliarlas con Él, y á reducir las criaturas al servicio de su Criador. Ponderando estos grados de paz, cuya grandeza, como dice el Apóstol<sup>2</sup>, sobrepuja á todo sentido, has de llorar la falta que tienes de ella, porque, si con detención te examinas, verás que ni tienes paz contigo mismo, sino continua lucha, porque no te acabas de resolver á negar del todo tus apetitos desordenados, sujetándolos á la razón; ni la tienes con tus prójimos, porque, cegado por el amor propio, buscas tus propios contentos, con daño é injuria de ellos; en lugar de pacificar á tus prójimos entre sí, has sembrado, no pocas veces, la cizaña de la discordia con tus murmuraciones y críticas injustas; y en vez de pacificar los hombres con Dios, has sido tal vez piedra de escándalo y causa de que se apartasen de su divino servicio. ¡Oh Dios de la paz y caridad! Confuso y arrepentido estoy de las muchas veces que por mi causa se ha turbado la paz entre mis hermanos; Vos que la concedisteis á vuestros Apóstoles<sup>3</sup>, dádmela como la disteis á ellos, para que os sirva con paz y quietud, y otros os sirvan por medio mío, pacificándolos yo con Vos. ¡Oh cristiano ¿Eres verdaderamente pacífico? ¿Has procurado alcanzar esta bienaventuranza?

**Punto 2.º** *Jesucristo fué modelo de hombres pacíficos.*—Considera cuán perfectamente ejercitó Jesucristo esta bienaventuranza. Porque Él bajó del cielo á la tierra para traer la paz á los hombres de buena voluntad, como lo dijeron los ángeles en su nacimiento<sup>4</sup>. Los profetas le saludaron con los excelentes nombres de Rey pacífico, Príncipe de la paz; anunciaron ríos de paz que inundarían el mundo á su venida, y que el pueblo que redimiese gozaría de asiento de la hermosura de la paz, en los tabernáculos de la confianza y con descanso opulento. Contémpale ya nacido al mundo en la época de mayor paz que hasta entonces se había visto, significando el bien que con su venida había de traer á los hombres, que era pacificarlos entre sí y con

<sup>1</sup> Prov., vi, 19. — <sup>2</sup> Philip., iv, 7. — <sup>3</sup> Joan., xx, 19. — <sup>4</sup> Luc., ii, 14.



Dios su Padre. Tal aprecio hace de la paz, que con ella saluda á los discípulos, y quiere y manda que ellos usen del mismo saludo, diciendo: «Paz sea en esta casa<sup>1</sup>». Cuando un pecador se le postra á los pies pidiéndole perdón, le consuela diciéndole: «La paz sea contigo». Cuando los Apóstoles, turbados y llenos de miedo en medio del mar, no saben qué hacerse ni qué decir, disipa sus temores dándoles la paz. ¡Oh, qué aprecio hacía Jesús de la paz y cuánto hizo para concederla á los hombres! Y aun no se contentó con trabajar durante su vida en pacificarlos, sino que, llegando al término de ella, quiso acabar las paces con Dios; y entonces, ¿qué hace? ¿cuánto padece? Horribles azotes descargan sobre sus espaldas, una corona de espinas atraviesa sus sienes, pesadísima cruz pesa sobre sus hombros, la sangre corre á torrentes, los dolores se multiplican, y da el último suspiro después de decir en alta voz que estaba consumado aquel sacrificio que había de pacificar las cosas del cielo y de la tierra<sup>2</sup>. ¿Qué debes hacer tú para aprovecharte de la paz que te ha merecido Jesús? ¿Eres pacífico como Él? ¡Oh Rey pacífico y soberano, que para ganarnos la paz entráis en cruel guerra con todas las potestades del infierno, hasta perder la vida á sus manos entre horribles tormentos! No permitáis que pierda yo el fruto de ella, ni sea parte en ninguna guerra, para que deje de seguir vuestra paz.

**Punto 3.º Premio de los pacíficos.**— Considera en este punto el premio que se promete á los pacíficos, que es ser por excelencia hijos de Dios. De manera que, si imitas á Jesucristo en esta virtud, tendrás en cierto modo alguna participación en su filiación divina; porque primeramente serás muy amado de Dios, y hallarás gracia en su presencia, por tener con Él mucha semejanza. Además, Dios te tomará debajo de su paternal providencia, mirando por ti como por hijo muy querido, regalándote y enriqueciéndote con sus dones, y dándote espíritu de verdadero hijo, para que, no solamente te llames, sino que seas hijo de Dios<sup>3</sup>. Finalmente: como esta adopción de hijo que se recibe en este mundo es imperfecta, por cuanto se corre peligro de perderla, y aun los mayores santos, como los Apóstoles, mientras vivieron, esperaban otra adopción, según dice el Apóstol<sup>4</sup>, Dios comunicará otra filiación más perfecta á tu alma el día que entre en la gloria, cumpliendo con perfección la promesa que ha hecho á los pacíficos de hacerlos hijos suyos; porque entonces tomarás posesión de la herencia que se te debe, para recibir á la fin del mundo tu cuerpo glorificado con las cuatro dotes de gloria; entonces descubrirá Dios la dignidad de los que son sus hijos, porque, como dice san Juan, ahora somos hijos de Dios<sup>5</sup>, pero no se ha descubierto todavía lo que seremos; cuando se descubriere, sere-

<sup>1</sup> Luc., x, 5. — <sup>2</sup> Colos., 1, 20. — <sup>3</sup> I Joan., iii, 1. — <sup>4</sup> Rom., viii, 23.

<sup>5</sup> I Joan., iii, 2.

mos semejantes á Él, porque le veremos como es. ¡Oh Padre amantísimo! Gracias os doy por la herencia soberana y filiación gloriosa que comunicáis á los pacíficos, que, como hijos de tal Padre, se esfuerzan en establecer entre los hombres y en sí mismos el reinado de la paz: concededme tal fortaleza y constancia en luchar contra mis enemigos, que no desfallezca hasta vencerlos por completo y alcanzar esta paz bienaventurada, que es una prenda de vuestra gloria. Y nosotros, ¿deseamos obtener el premio que está prometido á los pacíficos? ¿Queremos alcanzar la herencia de Dios nuestro Padre? ¿Qué debemos hacer?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán digno de alabanza y aprecio es el hombre pacífico! Jesús le llama bienaventurado. En verdad, serás dichoso si estableces la paz en ti mismo, sujetando tu parte inferior á la superior; si la extiendes á los prójimos, evitando todo aquello que puede turbarla; si pacificas los prójimos entre sí, unos con otros; y, sobre todo, si procuras hacer las paces entre las almas y Dios nuestro Señor. Serás dichoso y bienaventurado, porque imitarás á Jesús en una de las cualidades de que más se gloria y que ya anunciaron los profetas como un distintivo claro del Mesías. Contempla cada una de las acciones de su vida, y verás que todas tienden á introducir en el mundo el reinado de la paz, destruido por el primer pecado de nuestros padres. ¡Cuántos trabajos le cuesta esta obra! ¡Qué guerra tan cruel y pertinaz ha de sostener! ¡Cuántas heridas recibe! ¡Derrama toda su sangre y da su misma vida! ¡Oh, si acertases á imitarle! ¡Si fueses pacífico aun con los mismos que aborrecen la paz! Serías llamado hijo de Dios, que es el premio que el Señor ha prometido á esta bienaventuranza. En esta vida disfrutarías de su amistad y gracia, recibirías de Su Majestad singulares caricias y muestras de amor, y en la otra entrarías á poseer y á gozar de aquella herencia riquísima que tiene preparada para sus hijos amados. ¿No despertarán estos bienes en tu corazón un vivo deseo de ser pacífico? ¿Cómo lo has sido hasta hoy? ¿Cómo debes serlo en lo por venir? ¿Qué has de resolver y practicar? ¡Ay! ¡Cuán necesario es que con decisión emprendas la mortificación de tu amor propio y la abnegación de tu voluntad! Estos son los enemigos que turban tu paz y destruyen la que debieras conservar con tu prójimo y con Dios. Propón, pues, con eficacia lo conveniente; pide con confianza, y encomienda al Señor todas las necesidades.



## 63.—OCTAVA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.º Dijo Jesús: « Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos ».

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús enseñando esta bienaventuranza.

PRELUDIO 3.º Pide al Señor la gracia de sufrir con amor las persecuciones de tus enemigos.

**Punto 1.º** *En qué consiste esta bienaventuranza.*—Considera cómo los justos, todos sin excepción, han de padecer algunas persecuciones, recibiendo y tolerando injurias y aflicciones en la hacienda, ó en la honra, ó en el contento, salud ó vida, y de ellas ninguno se escapa. Porque regla general es, según dice san Pablo<sup>1</sup>, que todos los que quieren vivir con piedad en Cristo Jesús han de padecer persecuciones por Él. No quieras tú librarte de lo que nadie se escapa. El demonio, tu capital enemigo, será quien las procurará, estimulado por el odio que tiene contra Dios, que no puede desfogar contra Él, y lo vuelve contra su imagen, que erés tú; ayudarán al demonio en esta obra de perdición sus ministros los hombres, así los enemigos descubiertos como los que se precian de amigos con capa de piedad; y hasta los padres, hermanos y deudos, como decía Jesús á sus discípulos<sup>2</sup>, os entregarán á la muerte, pensando á veces que hacen servicio á Dios en ello. Pondera también las causas de las persecuciones que padecen los justos, las cuales no son delitos que ellos hayan cometido, como dice el Apóstol san Pedro<sup>3</sup>, sino la justicia; esto es, por guardar con firmeza y constancia la fe recibida y la religión que profesan; por hacer las obras de virtud á que por su estado ó condición están obligados; por reprender los vicios que ven en sus hermanos, y cuya corrección desearían alcanzar, aunque fuese á costa de trabajos y humillaciones; por seguir la vida perfecta y religiosa á que se sienten llamados. ¿Conoces tú si has sufrido ó estás sufriendo alguna persecución por alguno de estos motivos? Si es así, debes alegrarte grandemente, sobre todo si la sufres con grande paciencia, teniendo por especial favor del Señor el poder padecer algo por su amor<sup>4</sup>, conforme con lo que decía san Pablo á los fieles de Filipos<sup>5</sup>: « Á vosotros ha distinguido el Señor entre todos los demás, porque os ha concedido, no sólo que creáis en Él, sino que podáis padecer por su amor ». ¿Puede decirse lo mismo de nosotros? ¿Consideramos como un beneficio del Señor el sufrir algo por su causa? ¡Oh amantísimo Redentor, que, como favor muy señalado, os complacéis en dar á vuestros amigos alguna participación en la cruz

<sup>1</sup> II Tim., III, 12. — <sup>2</sup> Luc., XXI, 16. — <sup>3</sup> I Petr., II, 20. — <sup>4</sup> I Petr., IV, 16.

<sup>5</sup> Philip., I, 29.

de vuestros dolores y persecuciones! Hacedme fiel discípulo y amigo vuestro, y concededme que pueda compartir en este mundo con Vos las penas de la cruz, para poder después participar de las delicias de la gloria.

**Punto 2.º** *Jesús practicó esta bienaventuranza.*—Considera en este punto los raros ejemplos que te dió Jesucristo en esta materia. Él sufrió desde su misma niñez crueles y dolorosas persecuciones de parte del demonio y de todos sus aliados, convirtiéndose y armándose contra Él todas las potestades, como había predicho David<sup>1</sup>. Niño todavía, ya se ve obligado á refugiarse en Egipto, huyendo de la persecución de Herodes. Apenas principia á predicar su divina doctrina, cuando se levantan contra Él innumerables enemigos, de los cuales unos le calumnian, otros le tienden lazos para ver si pueden hacerle caer en contradicción; éstos mueven al pueblo contra Él; aquéllos le arrojan ignominiosamente de su ciudad; en una palabra: le persiguen en toda suerte de cosas con la mayor fiereza que jamás se vió. La causa que Él defendía, y por la cual es blanco de las iras y odios de sus enemigos, es la causa más justa y santa que puede darse; la publicación de su santa ley; la reprensión de los vicios y maldades de los hombres; la redención del género humano; la defensa de los derechos de su Padre celestial, el celo de su gloria, su trabajo asiduo y constante para la salvación del mundo: tales fueron los motivos que despertaron el odio del demonio y de sus ministros contra Jesús. Mas pondera la paciencia invicta é inalterable con que sufrió tan graves é injustas persecuciones, la cual fué tan extraña y admirable, que con ella confundió y triunfó de sus enemigos, de los cuales muchos vinieron á reconocerle por Hijo de Dios. Con este ejemplo has de animarte á padecer y sufrir, diciéndote á ti mismo: Si á mi Señor persiguieron, ¿qué mucho persigan á mí, su siervo? Si llamaron Beelcebub al padre de familias<sup>2</sup>, ¿qué maravilla llamen de la misma manera á los de su casa? ¡Oh Salvador mío! De vuestra casa soy, y aparejado estoy á padecer y sufrir cualquier persecución por la gloria y galardón de ella; concededme que, á imitación vuestra, haciendo en vuestro servicio grandes bienes, padezca sin ofensa vuestra grandes males, con los cuales pague los muchos que padecisteis por mí.

**Punto 3.º** *Premio de esta bienaventuranza.*—Considera aquí cómo es premio de esta bienaventuranza el mismo reino de los cielos que se promete á los pobres de espíritu; pero con mayor ventaja, porque más es sufrir las persecuciones que vienen por mano ajena, que sufrir los trabajos y miserias de la pobreza que se toma por elección propia. Este reino les da Dios á gustar en esta vida, comunicándoles por medio de las tribulaciones grande justicia, paz y gozo en ellas<sup>3</sup>. Por lo cual dijo Cristo nues-

<sup>1</sup> Psalm., II, 2. — <sup>2</sup> Matth., X, 25. — <sup>3</sup> Rom., XIV, 17.



tro Señor que dará el cien doblado con las persecuciones, y después la vida eterna. Y así, Él mismo añade: «Bienaventurados sois, cuando por mi causa os maldijeren los hombres y dijeren contra vosotros todo género de mal con mentira; entonces alegraos y regocijaos, porque vuestro galardón es muy copioso en el cielo». Como quien dice: Es tan grande el premio, que sola su esperanza basta para alegraros en las persecuciones con tanta alegría, que exceda cien veces á la que tuviérais careciendo de ellas. Mira cuán provechosas te serán las persecuciones, pues que ellas te levantarán á ser rey en los cielos, si las sufres con paciencia, á imitación de Jesús y por su causa. Mas considera también la amenaza que Jesús hace á los que van por camino contrario, diciendo: «¡Ay de vosotros cuando os bendijeren los hombres!»; esto es, los mundanos, gustando de sus vanas alabanzas y lisonjas. En no decir más que ¡ay!, te da á entender el Señor que es muy grande la amenaza, como si dijera: ¡Ay de vosotros!; porque con estas bendiciones os engañan y hacen caer en graves culpas; y siendo bendecidos de los malos, á quienes imitáis, tendréis parte en las maldiciones que vendrán sobre ellos. ¡Oh Redentor mío! No quiero ser bendecido de los mundanos, ni que la lisonja del pecador unja con aceite mi cabeza, porque la maldición no penetre como aceite mis entrañas. Aquí quiero ser maldecido de los malos, para ser después bendecido por Vos con los buenos y reinar con Vos en el reino de los cielos por todos los siglos. ¡Oh alma! Comprende que no son las alabanzas del mundo, sino las persecuciones, lo que ha de elevarte al cielo. ¿Qué preferirás en adelante? ¿Temerás el ser perseguido?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán opuestas son las máximas de Jesucristo á las máximas del mundo! Éste busca aplausos, se afana por los honores, quiere á todos debajo de sus pies rindiéndole vasallaje y tributándole adoración; Jesús, empero, dice á sus discípulos y á todos los que le siguen: «Bienaventurados los que se ven perseguidos por la justicia»; bienaventurados aquellos que, siendo justos con Dios, con sus prójimos y consigo mismos, dando á cada cual lo que le pertenece y corresponde, á pesar de todo son blanco de cruel persecución. ¿Cómo piensas tú de esta doctrina del Salvador? ¿Llamas dichosos y bienaventurados á los que Él tiene por tales? Vuelve tus ojos á Jesús, que no se contenta con enseñar de palabra esta celestial doctrina; consiente, para darte ejemplo, en ser perseguido todos los días de su vida por toda clase de enemigos á cual más rabiosos contra Él. Todo lo hizo bien: pasó por el mundo favoreciendo á todos, y librando á los esclavos del demonio; ocupó su vida en buscar la gloria de Dios, y en procurar la salvación de los hombres; sin embargo, se ve continuamente perseguido, hasta que

<sup>1</sup> Marc., x, 30. — <sup>2</sup> Luc., vi, 26. — <sup>3</sup> Psalm. cviii, 18; cxi, 5. — <sup>4</sup> Jacob., i, 12.

sucumbe en la cruz bajo el peso de las persecuciones más crueles. Así te enseñó el modo de merecer las bendiciones de Dios, y de hacerte digno de entrar en la gloria. Estas persecuciones que sin culpa tuya te afligen, se convertirán en manantial de bendiciones eternas, y esos trabajos serán los escalones por los que subirás hasta el trono de la gloria, que Dios te tiene preparado. ¿Deseas alcanzar tales bendiciones? ¿Quieres escalar este trono? No te quejes de los trabajos que te afligen; besa con amor la cruz que el Señor te ofrece; alégrate de probar la amargura de su cáliz, y si sientes tu debilidad, fortifícate con firmes y humildes resoluciones, y, sobre todo, insta fervoroso en la oración, rogando por tí, mas sin olvidarte de las demás necesidades.

#### 64.—OFICIOS APOSTÓLICOS.

PRELUDIO 1.º Jesús encargó á sus Apóstoles que fuesen sal de la tierra, luz del mundo y ciudad sobre el monte.

PRELUDIO 2.º Representate que te hallas entre los Apóstoles, oyendo á Jesucristo.

PRELUDIO 3.º Píde la gracia de ser lo que desea Jesús.

**Punto 1.º** *Los Apóstoles han de ser sal de la tierra como Jesús.*—Considera cómo uno de los oficios de los varones apostólicos que desean imitar perfectamente á Jesús, es salar los corazones de los hombres terrenos con su palabra y doctrina y con el ejemplo de su vida, purificándolos de los humores viciosos de los pecados para que no huelan mal, ni se pierdan para siempre. Y juntamente hacerles sabrosa la penitencia y mortificación y los ejercicios de virtud, para que de buena gana las coman, y ellos mismos sean también sabrosos á Dios, para que guste de incorporarles consigo, y tener paz y unión de amor con ellos. Pondera cuán bien hizo este oficio de sal Cristo nuestro Señor, y cuán á costa suya; porque como la sal, dando sabor al manjar, se deshace, así Él se deshizo á sí mismo con humillaciones y trabajos para hacerte sabroso á Dios, y hacerte sabrosa la virtud y merecerte la sal de la sabiduría y gracia que la da este sabor; porque como ningún sacrificio antiguo agradaba á Dios si no tenía sal, así ninguna obra tuya le agradará si no está unida con Cristo y con su gracia. Reflexiona también que, aunque este oficio de ser sal es dádiva graciosa de Dios, pero su conservación pende también de tu libre albedrío, por lo cual, si eres sal y conservando tu entereza, merecías estar en la mesa de Dios con grande honra, si después, por tu soberbia, te desvaneces y deshaces y pierdes tu sabor, serás echado fuera de la protección de Dios al muladar del mundo, y vendrás á ser pisado de los hombres, y hollado de los demonios en el infierno con grande

<sup>1</sup> Philip., ii, 7. — <sup>2</sup> Levit., ii, 13; Marc., ix, 49.



ignominia. Por tanto, mira si tienes en ti esta sal y con qué sabor sirves á Dios, y cómo haces oficio de sal con los que están á tu cargo. ¿Procuras ser sal del modo que quiere Jesús? ¿Haces suave y agradable la virtud con tus ejemplos? ¡Oh dulce Jesús, que con tal perfección y con tan grande sacrificio quisisteis ser sal de la tierra, enseñándonos con vuestro ejemplo y palabras á mirar como suave y delicioso lo más amargo que tiene el mundo, que es la cruz! Hacedme sal de la tierra, aunque haya de pasar por fuego y agua. No permitáis que en lugar de darla sabor la escandalice, y que, como tierra sembrada de sal, sea estéril por mi culpa, convirtiendo en mi daño el oficio que me disteis para su provecho.

**Punto 2.º.** *Los Apóstoles han de ser luz del mundo.*—Considera cómo el oficio de los varones apostólicos y doctores no es terreno, sino celestial <sup>1</sup>, porque ellos han de ser además la luz del mundo, y como estrellas del firmamento y cielo de la Iglesia, han de lucir y resplandecer, procurando con su doctrina y ejemplar vida ser luz de los hombres mundanos, desterrando de ellos las tinieblas de la ignorancia y de la culpa, y comunicándoles la luz de la verdad <sup>2</sup> y de la virtud, para que se conviertan de hijos de tinieblas en hijos de luz, y vivan conforme á ella, en lo cual imitan á su divino Maestro, que dijo de sí mismo <sup>3</sup>: «Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo». Reflexiona cuán grande yerro y locura cometerías si por cobardía y pusilanimidad escondieses la luz y caudal de doctrina que Dios te da, ó la obscurecieses con fines terrenos, poniéndote á peligro de perderla y quedarte á obscuras, como se muere la luz de una candelilla puesta debajo del celemín y sin respiradero. Y no sería menor yerro si, habiendo sido puesto en el candelero de la Iglesia militante, esto es, en algún estado ú oficio público, no dices luz de doctrina y ejemplo á los que están á tu cargo; porque, cumpliendo Jesús la amenaza que hizo á un Prelado descuidado, quitaría el candelero de su lugar <sup>4</sup>, arrojándote del oficio, y castigándote por el descuido que en él hubieras tenido. Y, al contrario, mira cuánto desea Cristo que tus obras sean santas y resplandecientes, que provoquen á los que las ven á glorificar á su Eterno Padre y á hacer otras tales, con que sea del mismo modo glorificado. ¡Oh Salvador mío! Pues tanto deseáis la gloria de Vuestro Padre, concededme gran resplandor de vida, libre de toda obscuridad de culpa, que por ella alumbre á los que me ven y los mueva á alabar y á glorificar á Dios; no permitáis que por un vano temor ó por secreta soberbia esconda y apague la luz que me disteis con daño de vuestra gloria y perjuicio de mi salvación. ¿Somos luz del mundo? ¿Alumbramos con nuestras obras, ó escandalizamos?

**Punto 3.º.** *Los Apóstoles han de ser ciudad sobre el mon-*

<sup>1</sup> Dan., xii, 3. — <sup>2</sup> Ephes., v, 9. — <sup>3</sup> Joan., ix, 5. — <sup>4</sup> Apoc., ii, 5.

*te.*—Considera cómo dice Jesucristo que sus Apóstoles habían de ser también como ciudad sobre un monte, que no puede ocultarse á las miradas de los hombres, con lo cual les declara que su oficio no es ser ermitaños ni solitarios, atendiendo solamente á su propio provecho, sino ser ciudad espaciosa y capaz para recoger á otros muchos, y no ciudad edificada en un valle, esto es, en vida imperfecta y ratera, sino fundada sobre un monte, esto es, en grande fortaleza y alteza de perfección, conforme á lo que dijo el profeta Isaías <sup>1</sup>: «Sube sobre un monte alto, tú que evangelizas á Sión; levanta con fortaleza tu voz, tú que predicas á Jerusalén». Pondera cómo con esto les avisa que su oficio ha de ser recoger, no poca gente, sino mucha, como ciudad populosa, admitiendo á todos los que quieran ser perfectos, y enseñándoles el camino de la perfección evangélica, y la policía de la vida celestial. No quiere Cristo nuestro Señor que sus discípulos se contenten con medianías, ni se satisfagan con convertir poca gente, ni se paguen de obras bajas y rateras, sino que suban á la alteza de la vida perfecta, y ayuden á los prójimos á lo mismo, para que con otros muchos suban á poblar la ciudad soberana. De aquí el encargo que les hizo de predicar el Evangelio por todo el mundo <sup>2</sup>, no contentándose con un reino ó nación; de enseñar á todas gentes, sin excepción de tribus ni de razas, y de enseñarles todas las cosas que Él les había mandado, no sólo las de precepto, sino también las de consejo, ni sólo las de obligación, sino también las de perfección. ¿Cómo es que no procuras tú subir al monte de la perfección y conservarte en él? ¿Por qué eres inconstante en la práctica de los medios necesarios para ello? ¡Oh sabiduría eterna, que mandáis á vuestras esclavas, que son las almas de los predicadores, que llamen gente para que suba á los muros y alcázar de la ciudad <sup>3</sup>, exhortándolas á la alteza de la perfección cristiana! Llamadme con eficacia, para que yo suba primero á ella; y ayudadme también á llamar á otros para que suban por mi medio, para que seáis glorificado de todos.

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh, cuán elevado y honroso es el oficio apostólico! Ellos son, según Jesucristo <sup>4</sup>, la sal de la tierra, porque con su doctrina y ejemplo hacen sabrosa la virtud y la observancia de la divina ley; y predicando y convirtiendo á los pecadores, los hacen sabrosos y agradables al paladar de Dios. ¡Qué dicha la tuya en haber sido escogido para tan glorioso oficio, sobre todo si imitas á Jesucristo, que de tal modo fué sal, que para hacer grata á los hombres su santa ley, se deshizo como la sal en el agua. Mas ¡ay de ti, si, no cooperando á la vocación recibida, vienes á perder la sal de la sabiduría y gracia que Dios te había concedido! Los Apóstoles y sus suce-

<sup>1</sup> Isai., xl, 9. — <sup>2</sup> Marc., xvi, 15. — <sup>3</sup> Prov., ix, 3. — <sup>4</sup> Matth., v, 13.



sores en el sagrado ministerio son luz del mundo, porque deben, como estrellas en el firmamento, iluminar á las almas con la claridad de sus enseñanzas y buenas obras, apartarlas de las tinieblas del pecado, y guiarlas por el desierto obscuro de esta tierra miserable hasta conducir las á la Jerusalén celestial. ¿Eres tú luz ó tinieblas? ¿Son tus obras obras de tinieblas ó de luz? ¿Escondes la luz de doctrina que has recibido bajo el celemín de tu orgullo ó pereza? ¿Tratas de aprovechar con ella al prójimo? Mira que Jesús quiere que los elegidos para su ministerio apostólico sean ciudad, no escondida en el valle que con dificultad se encuentra, sino patente sobre un monte y abierta á todos los que á ella quieran acogerse. Reflexiona, por tanto, si te hallas sobre el monte de la perfección. Si trabajas para acoger á todos los que desean alcanzar por ti la vida eterna, ó si, por el contrario, finges pretextos para eludir el trabajo. En este caso, confúndete de tu pésima correspondencia á los piadosos designios del Señor, forma eficaces propósitos de cambiar de costumbres, ruega humildemente al Señor por tí y por todos los que han sido escogidos para el sagrado ministerio y por las demás necesidades.

#### 65.—PROMULGACIÓN DE LA LEY EVANGÉLICA.

PRELUDIO 1.º Jesucristo no vino á derogar, sino á cumplir la ley; quiso que se observase con toda perfección, y mandó á sus discípulos que fuesen perfectos como su Padre celestial.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo enseñando tan sublime doctrina.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de aprender y practicar estas enseñanzas.

**Punto 1.º** *Jesús no vino á quebrantar la ley natural, sino á cumplirla.*—Considera cómo Jesucristo, queriendo publicar su ley evangélica, comenzó por confirmar la ley natural, declarada por Moisés y los profetas, diciendo: «No vine á quebrantar la ley, sino á cumplirla». Lo cual hizo excelentísimamente, de tres maneras. Porque lo primero, no vino del cielo á traspasar la ley, viviendo á sus anchuras con libertad de carne, como quien no está atado á ley ninguna; ni vino á dispensar en ella consigo ni con los suyos, sino antes vino á guardarla estrechísimamente, y á dar á todos sus discípulos ejemplo de lo mismo. De suerte que, para imitarle, debes tú decirte frecuentemente: «No vine yo al mundo á vivir á mi voluntad, atropellando la de Dios, y haciendo astillas el yugo de su ley, sino á sujetarme á ella y cumplirla con entereza; ni vine á la religión á cumplir mi voluntad propia, sino la divina, declarada en las reglas de mi Instituto; porque, si mi Dios y supremo Legislador, con ser superior á la ley, se sujetó á ella, ¿qué mucho me sujete yo también?

1 Matth., v, 17. — 2 SS. August. et Crisost.

Además vino del cielo á cumplir la ley cuanto á las promesas que encerraba con tanto rigor, que dice: «Mientras duren el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde de la ley se dejará de cumplir». Puedes estar certísimo y segurísimo de que Dios, de su parte, cumplirá todo cuanto ha prometido en la ley, por mínimo que sea, como Cristo cumplió todo cuanto habían escrito de Él los profetas; con lo cual te provoca á que cumplas todos sus mandamientos, aun los menores, significados por la *jota*, que en hebreo es la menor de las letras, y con toda la perfección que tienen, significada por la *tilde* ó acento que se pone encima de la letra. ¿Lo haces tú así? Mira, por fin, cómo vino del cielo á cumplir la ley, añadiendo á ella la perfección que le faltaba, declarando más sus preceptos, poniendo admirables consejos, y comunicando interiormente la gracia con que se cumplen todos. ¿Imitamos la perfección con que Jesús cumple la ley? ¿Cómo cumplimos nosotros las leyes de nuestro estado? ¿Nos dispensamos con facilidad en ellas? ¡Oh Legislador soberano! Gracias os doy cuantas puedo, por estos varios modos con que cumplisteis vuestra misma ley; ayudadme con vuestra gracia á cumplir lo que me mandáis, para que cumpláis en mí lo que prometéis.

**Punto 2.º** *Quiénes son los grandes y los pequeños en el reino de los cielos.*—Considera cómo Jesucristo, para inducir á la observancia de la ley, adujo dos memorables sentencias poderosas para despertarte de la apatía y moverte á ser fiel en la misma. La primera es: «Quien quebrantare uno de los mandamientos pequeños y enseñare lo mismo, será pequeño en el reino de los cielos». En cuyas palabras te avisa que, si quebrantas un solo mandamiento, aunque sea de los pequeños, pero de tal modo que la transgresión llegue á culpa grave, serás despreciado y tenido en poco en el reino de los cielos, y por consiguiente excluido de él, como si los hubieses quebrantado todos; porque, según lo que dice Santiago, el que quebranta un mandamiento injuria al Legislador que los puso todos, y se hace reo de todos. Empero, aunque la transgresión no llegue á culpa mortal, si á sabiendas y con malicia quebrantares un mandamiento pequeño, serás también pequeño en la virtud, por haber hecho poco caso de lo que Dios manda; pues debieras mirar que, aunque la cosa sea pequeña, el que la manda es grande, y no tiene por cosa ajena de su grandeza mandar cosas pequeñas, y por esta parte no es pequeña injuria el despreciarlas. Y pues el vencedor es mayor que el vencido, si eres vencido de cosa pequeña, serás pequeño, y se cumplirá en ti lo que dice el Sabio: «Quien desprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer». Finalmente: si, no contento con quebrantar algún mandamiento, persuadieses á otros lo mismo, ó de palabra ó con el ejemplo, escandalizándoles

1 Matth., v, 18. — 2 Jacob., ii, 10. — 3 Eccl., xix, 1.